

**8** - Perder nuestro querer humano y adquirir el Querer Divino es lo que San Juan Bautista dijo: **“conviene que El crezca y yo disminuya”**. El Señor ha de llenar todo mi ser y mi vida, yo debo dejar totalmente el puesto a Jesús, debo ser como una vestidura que Lo cubre, como otra humanidad suya. Así yo no debo vivir mi vida por mi cuenta, por iniciativa mía, sino dejar que el Señor sea el que viva en mí. Yo soy su morada, El ha de ser el dueño de la casa; yo he de ser como el recipiente y El ha de ser el contenido. Entonces el Señor, tan humilde, tan bueno, tan misericordioso, **se adapta a nosotros**, a quien lo contiene, se adapta a nuestra capacidad, a nuestro modo de pensar, de obrar, etc., como un líquido se adapta al volumen y a la forma de la botella que lo contiene. El se adapta a nuestra pequeñez, a nuestros límites, a nuestra mentalidad, a nuestro modo de sentir, de reaccionar, de hablar... **El se adapta a nosotros**, pero eso es sólo el comienzo, porque por justicia quiere que también nosotros hagamos lo mismo, que **también nosotros nos adaptemos a El**. Nosotros somos el contenedor y El se hace el contenido, El acepta tomar nuestra condición humana, nuestra forma y nuestros límites, para que también nosotros perdamos nuestra forma de pensar, de amar, de sentir, de sufrir, de orar, de todo; **perdamos nuestra forma humana para adquirir la Suya divina**.

En el Primer Volúmen Luisa habla de la Novena de la Santa Navidad, que hizo cuando tenía 17 años. En la cuarta hora Jesús le decía: *“Hija mía, quisiera abrazarte, pero no puedo, no hay espacio, estoy inmóvil, no puedo hacerlo; quisiera ir a tí, pero no puedo andar. Por ahora abrázame y **ven tú a Mí; después, cuando salga del seno materno, vendré Yo a tí”***.

Estas palabras aluden a una enseñanza fundamental, que el Señor irá luego desarrollando a lo largo de los escritos. Son como dos tiempos de la vida espiritual. En el primero, el alma, ayudada por la Gracia, es protagonista en su búsqueda de Dios; en el segundo, después, es Jesús el Divino protagonista, cuando vendrá al encuentro del alma. Esto vale para cada alma, como para el conjunto de las almas: la humanidad.

Primero El, el Rey, establece su morada en nuestra mísera choza y se adapta con tanta humildad, con tanto amor, con tanta paciencia a vivir en nosotros, a hacer con nosotros nuestras cositas, a compartir nuestra vida. Por eso lo invitamos cada día diciendo: *“ven, Divina Voluntad, a pensar en mi mente, a hablar en mi voz, a obrar en mis manos”*, etc. El Señor se abaja a hacer eso, pero luego El dice: *“bueno, hijo mío, ahora ven tú a vivir conmigo en mi palacio; por eso olvídate de tu pequeña choza, ven a tomar posesión de mi Reino, ven a ver lo que hago Yo para que aprendas de Mí y me acompañes en todo”*...

**9** - Sin embargo nosotros no somos capaces de vivir enseguida definitivamente en su Voluntad; lo hacemos al principio algunas veces al día, dos, tres, cinco veces, cuando nos acordamos, y esas veces nos asomamos apenas un poco... Después poco a poco, cada vez más, hasta que pasemos más tiempo en su palacio, admirándolo, que no en nuestra mísera cueva, hasta que la olvidemos, porque ya vivamos siempre habitualmente en el palacio del Rey